

Juan Eslava Galán

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

CONTADA PARA
ESCÉPTICOS



JUAN ESLAVA GALÁN

LA REVOLUCIÓN FRANCESA
CONTADA PARA ESCÉPTICOS

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70/93 272 04 47.

© Juan Eslava Galán, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

Iconografía: Grupo Planeta

Ilustraciones de las guardas: © Universal Images Group/Universal History Archive/Album, © mikroman6/Getty Images

Ilustraciones del interior: © Andreas Werth/Alamy/ACI, © MET/BOT/Alamy/ACI, © Pietro Baguzz/akg-images/Album, © Oronoz/Album, © Album, © National Gallery of Art, Washington DC/Album, © Bridgeman Images/Tallandier/Album, © akg-images/Album, © Christophel Fine Art/Universal Images Group/Album, © Fine Art Images/Album, © Archivo del autor, © Yogi Black/Alamy/ACI, © Bridgeman Images/Album, © Erich Lessing/Album, © PWB Images/Alamy/ACI, © Universal Images Group/Christophel Fine Art/Album, © ART Collection/Alamy/ACI, © Niday Picture Library/Alamy/ACI, © Vivian Carrón, © Stefano Bianchetti/Bridgeman Images/Album, © Fototeca Gilardi/akg-images/Album, © Grob/Kharbine-Tapabor/Album, © TopFoto/Album, © Collection IM/Kharbine-Tapabor/Album, © World History Archive/Alamy, © Hemis/Alamy, © IGDA, © Jean Vigne/Kharbine-Tapabor/Album, © akg-images/Pictures From History/Album, AESA, © David Gee/Alamy/ACI, © LOC/Science Source/Album, © EDR archives/Alamy/ACI, © Jimlop collection/Alamy/ACI, © Universal Images Group/Godong/UIG/Album, © quintlox/Album, © BNF, © Emilio Ereza/Alamy/ACI, © Danvis Collection/Alamy/ACI, © Documenta/Album, © DEA/G. Dagli Orti/Album, © Musée Carnavalet, © adoc-photos/Album/ACI, © Fine Art Images/Album/ACI, © MARKA/Alamy/ACI, © Shawshots/Alamy/ACI, © The Picture Art Collection/Alamy/ACI, © Wolfgang Diederich/ImageBroker/Album, © PVDE/Bridgeman Images/Album, © Archivah/Alamy/ACI, © Granger, NYC/Album, © incamerastock/Alamy/ACI, © Icastro

Primera edición: octubre de 2023

Depósito legal: B. 14.873-2023

ISBN: 978-84-08-27761-3

Preimpresión: Realización Planeta

Impresión: Unigraf

Printed in Spain – Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

1. Un globo y un volcán	13
2. La taberna de La Pomme de Pin	21
3. Los ilustrados en sus salones	35
4. El almacén de Roux et Frères.	39
5. El asunto del collar	47
6. ¿Peligra el trono?	50
7. Un rey pánfilo y su pizpireta esposa.	54
8. La pilila real, grave asunto de Estado	59
9. Estados Generales	62
10. En el que conoceremos al conde de Mirabeau y a su secretario Camille Desmoulins	70
11. Juramento en el Jeu de Paume.	73
12. En casa de los Roux.	77
13. La Asamblea Constituyente.	80
14. París rebelado	83
15. Disturbios en París	89
16. La toma de la Bastilla	96
17. El relojero héroe	105
18. Es una revolución	112
19. Dudas reales	118
20. Un encuentro fortuito.	124
21. El pavor.	130
22. La noche de la locura.	134
23. Adèle la Tremenda y otras desgreñadas van a ver al rey	144
24. El rey taumaturgo	160
25. La propuesta de un filántropo	163

26. Mirabeau impecune.	176
27. Reyes a la fuga.	186
28. ¡El Borbón se ha fugado!	192
29. El que espera desespera	196
30. La matanza del Campo de Marte.	204
31. Reyes sobre el tablero	209
32. Vientos de guerra	212
33. El doctor Guillotin propone	217
34. Tambores de guerra.	224
35. El asalto de las Tullerías	229
36. Enemigo a las puertas	234
37. Las matanzas de septiembre.	240
38. Luis XVI ante la guillotina	254
39. Una historia romántica	260
40. El complot del Clavel	264
41. Los comulgados a muerte de la Vendée	270
42. Lyon <i>delenda est</i>	274
43. Plebe airada y hambrienta	281
44. Sombras del pasado	288
45. Pueblo en armas	293
46. Marat asesinado.	299
47. El Terror.	306
48. Rebato de huesos.	311
49. Estrenamos calendario.	315
50. El Terror en Burdeos.	319
51. El ogro amansado	322
52. Notre-Dame du Bon Secours	326
53. La Revolución devora a sus hijos	332
54. Tallien juega sus cartas	337
55. La caída de Robespierre o la reacción termidoriana	342
56. Notre-Dame de Thermidor	356
57. El Terror Blanco	359
58. La afectación sucede al Terror	363
59. Días de ira.	370
60. El Directorio	376
61. Cuarenta siglos os contemplan	390
62. El desquite de Nelson	398

63. La marcha a Siria.	402
64. <i>Rien ne va plus</i> (Napoleón)	405
65. ¡Napoleón ha vuelto!	408
<i>Epílogo</i>	421
<i>Apéndices</i>	425
<i>Cronología</i>	431
<i>Bibliografía</i>	439
<i>Índice alfabético</i>	447

Un globo y un volcán

El 19 de septiembre de 1783 era viernes, día laborable, pero los parisinos desampararon sus tareas para dirigirse a Versalles, el palacio real, a cuatro leguas de París. Los convocaba la curiosidad por presenciar un experimento científico: la elevación de un globo aerostático, espectáculo insólito que desafiaba las leyes de la física y la imaginación al demostrar que el hombre puede surcar los aires como los pájaros.

Agotadas las tartanas, las carrozas de la nobleza y los coches de alquiler, una inmensa muchedumbre invadió la carretera de macadam que atravesaba el bosque de Boulogne. En aquella festiva romería confraternizaban los más variados gremios que componen la colmena laboriosa de París sin que faltara la inevitable nube de mendigos, putas y descuideros.

Asistirían al evento el monarca Luis XVI, felizmente reinante, y su augusta esposa, la reina María Antonieta, rodeados por su familia, prelados, alta nobleza y ministros.

Frente a la tribuna real, en un prado que los guardias mantenían despejado, los hermanos Montgolfier, auxiliados por ocho operarios, habían descargado de un carro el artilingo volador de su invención. El aspecto no era nada espectacular: una especie de bolsa de tafetán azul que desplegada sobre el césped ocupaba un considerable espacio.

En otra tribuna, menos elevada, se acomodaban, en sillas de tijera —graves semblantes, venerables barbas blancas— los sa-

bios de la Real Academia de Ciencias convocados para emitir un informe sobre el experimento.

—Una cosa es que ese juguete flote y otra que un hombre pueda elevarse en el aire —peroraba el físico Charles-Augustin de Coulomb, descubridor de la ley de atracción entre cargas eléctricas.

—Veremos a ver —le respondía Jacques Charles, inventor del densímetro—. Si eso vuela, me apuntaré para ser de los primeros en probarlo. ¿Me acompañaría en esa aventura, *sieur* Laplace? —preguntó volviéndose hacia el aludido.

—*Pardon?*

Pierre-Simon Laplace, el descubridor de la mecánica celeste, andaba distraído, como siempre, meditando sobre un sistema de pesas y medidas unificado para toda la humanidad.

—Preguntaba si me acompañaría en un viaje por el aire —insistió Charles.

—Claro que sí —respondió Laplace—. Algún día, si Dios quiere, la humanidad viajará por el espacio. Lo que pasa es que nosotros hemos nacido demasiado pronto y no lo veremos.

Un cañonazo de salvas interrumpió la conversación. Llegaba una carroza dorada con las lises de Francia en azul.

—¡La familia real! —exclamó Coulomb.

Iba a ser una de las escasas ocasiones en que los reyes descendían a mostrarse en público. El sencillo pueblo lo agradeció con vítores y aclamaciones.

La carroza se detuvo delante de la tribuna real, profusamente adornada con lises y fragantes guirnaldas. Uno de los caballos del tiro aprovechó la parada para defecar abundantemente sobre la lujosa alfombra azul celeste tendida ante el estrado. Un paje de badil acudió solícito a recoger las boñigas mientras otro abría la portezuela de la carroza y desplegaba el estribo de doble peldaño para el apeo de sus majestades.

La aparición de Luis XVI provocó una gran ovación. Era un hombre de mediana edad, algo atocinado y de rostro tan plebeyo que le hubiera costado trabajo parecer rey sin el aderezo de la corte, la peluca empolvada, la casaca de seda azul esmaltada de condecoraciones, la corbata de blondas de Chantilly, las medias de Amberes y los zapatos de tafilete con hebilla de plata.

El monarca se apeó con ayuda del obsequioso gentilhomme de jornada que le tendía la mano. Después, se volvió atento y tendiendo la mano gordezuela ayudó a apearse a la reina.

Los aplausos desmayaron cuando apareció María Antonieta, más atenta a equilibrar su alta peluca coronada de plumas de avestruz y al ajuste de su vestido que a ofrecer la mano al augusto esposo que le tendía la suya. Era rubia y delgada, muy blanca de tez, los ojos bellos y vivos. Su nariz recta y aristocráticamente pequeña contrastaba con el apéndice probóscide de su esposo. Un corsé metálico le elevaba los pechos bajo el lujoso vestido de seda rosa y los resaltaba por encima del escote recto.

Cuando los monarcas ocuparon sus tronos, los hermanos Montgolfier acudieron al pie de la tribuna y, despojándose de los respectivos sombreros de tres picos, realizaron una ensayada reverencia. Luis XVI lo consultó con su esposa y, obtenida su aprobación, hizo un gesto amable con su pañuelo de encaje autorizándolos a comenzar el experimento.

Los Montgolfier regresaron a su instalación y encendieron una mezcla de paja mojada y algodón en la bandeja del quemador sobre la que sus operarios mantenían la boca del globo a prudente distancia de la llama. Minutos después, el aire caliente comenzó a henchir la estructura que descansaba flácida sobre unos aros rígidos.

Una exclamación de sorpresa se elevó de los espectadores. La lona embolsaba el aire caliente, se ahuecaba y cobraba volumen. Se movía como si tuviera vida.

—Parece cosa de magia —comentó el monarca inclinándose hacia su mujer. Ella interrumpió su conversación con su favorita, la duquesa de Polignac, sentada a su derecha en un escabel bajo, y le sonrió.

—Sí, Luis, lo que tú digas.

El procedimiento fue largo y laborioso hasta que el aire caliente infló el globo y se tensaron las cuerdas que lo sujetaban al suelo. Mientras tanto, en la tribuna real, unos músicos amenizaban la espera. El sumiller real, seguido de dos pajes de librea, servía vino fondillón al séquito real y limonada fresca a las damas.

En el prado adyacente, el pueblo conversaba animadamente

en corrillos. Cansado de esperar, se había sentado en el césped y consumía su merienda en animada conversación. Lejos, en los límites del prado, bajo la arboleda, los taberneros y salchicheros habían instalado sus carretas para servir a la multitud. Más allá, en los jardines del Trianón, parejas furtivas removían los setos.

Entre la muchedumbre que concurría al gran acontecimiento figuraba el ebanista Jean-Paul Fournier, que había acudido al espectáculo en compañía de su amigo y colega François Guerin.

Desde la reja real coronada de puntas de lanza doradas, Fournier contemplaba la enorme fachada de Versalles embellecida con esculturas.

—¿Te has fijado en el palacio, François? Había oído decir que era enorme, un palacio de setecientas habitaciones, pero no me hacía la idea de que fuera tan grande.

—Más grande que París —convino Guerin.

—Y todo eso se ha levantado con nuestro sudor.

—Cuida tus palabras, compadre, porque no sabes quién la escucha —aconsejó Guerin—. Que unos vivan en la abundancia y otros en la roña es lo que hay. Nadie va a cambiar el mundo.

—No estoy tan seguro.

Jean-Paul Fournier era un hombre informado que leía los panfletos subversivos de los filósofos.

Una vez hinchado, el globo de los Montgolfier resultó ser un esferoide azul adornado con las lises y los soles de la monarquía, así como las iniciales entrelazadas del nombre del monarca.

Los inventores del aerostato informaron al mayordomo real de que su ingenio estaba listo. Con la anuencia del monarca tronó nuevamente el cañón de avisos y los operarios liberaron las cuerdas que mantenían el artefacto en sus anclajes.

Fue un momento emocionante. Los cuatrocientos kilos del artilugio se elevaron majestuosamente en el cielo. La corte y el pueblo diseminado por los prados prorrumpieron en entusiastas aplausos.

El experimento consistía en probar que los seres vivos sobrevivirían a un viaje por aire. Por este motivo, el globo arrastraba una jaula de mimbre en la que habían introducido una oveja, un pato y un gallo, el altanero símbolo de Francia.

Los hermanos Montgolfier se miraron satisfechos. Si el experimento se coronaba con éxito, el rey les permitiría repetirlo con un tripulante humano.

—¡Esto es solo el comienzo! —profetizó entusiasmado el duque de Nemours—: ¡El hombre conquistará los cielos!¹

El globo ascendió unos seiscientos metros y, después de mantenerse en el aire durante ocho minutos, perdió altura y aterrizó suavemente en el bosque de Vaucresson, a tres kilómetros.

Al poco rato acudieron los monteros del rey con la feliz noticia: los animales de la cesta habían sobrevivido a la excursión por las alturas.

Anocheecía. Terminado el experimento a satisfacción de todos, se quemaron vistosos castillos de fuegos artificiales como colofón de la fiesta.

Tocaba regresar a París. La muchedumbre se disgregó. Algunos regresaron iluminando el camino con lámparas de sebo; otros vivaquearon fuera de los límites de Versalles, en espera de que amaneciera.

—¡Hemos presenciado un milagro! —comentó el abate Paul Legrand a su amante, la princesa de Colline-Délicieux.

—Sí, *mon cher*, ya mismo lo veremos en los circos.

—No, princesa. Me refería a que los tres estamentos se hayan mezclado para presenciar un espectáculo. —El abate abarcó la muchedumbre con un gesto de su brazo—. La curiosidad no entiende de clases.

El abate Legrand aludía a los tres estamentos en que se dividía la sociedad francesa: el clero (primer estado), la nobleza (segundo estado) y el campesinado (tercer estado), al que se sumaba la emergente clase burguesa.²

1. Los hermanos Montgolfier repitieron su experimento con tripulaciones humanas ante diversas cortes europeas, entre ellas, la española, que presenció la elevación del globo aerostático desde los jardines del Real Sitio de Aranjuez, el 5 de junio de 1784, en presencia de Carlos IV y la familia real. La ascensión fue algo accidentada, ya que el globo se desplomó arrastrado por una corriente de aire y su aeronauta, Charles Bouché, resultó magullado.

2. El primer estado (el del clero) contaba con unos ciento veinte mil miembros; el segundo (la nobleza), unos cuatrocientos mil; el tercero (pue-

Tal era la estructura de lo que hoy conocemos como Antiguo Régimen (*Ancien Régime*), el modo en que se gobernaba buena parte de Europa antes de que las revoluciones impusieran el régimen liberal en el que todos los ciudadanos son iguales ante la ley y participan de los mismos derechos y obligaciones (supuestamente, claro).

Muchos otros parisinos que habían acudido a ver el globo hacían la misma reflexión en el camino de vuelta a sus humildísimas moradas de los barrios de Saint-Antoine y Saint-Marcel, el lumpen de París.

Esa noche, ya en la cama, el abate le comentó a su amante:

—¿Has visto la cantidad de *canaille* que compareció en el prado?³ Como si se hubiera vaciado París. Por un momento me estremecí pensando qué habría ocurrido si se amotinan contra nosotros. Los soldados no hubieran bastado para contenerlos.

—No pienses en esas cosas desagradables, *mon cher*. Disfrutemos de la vida —respondió ella mientras palpaba bajo la sábana la consistencia de su virilidad.

Los fuegos artificiales de Versalles han resultado impresionantes, pero a dos mil kilómetros de distancia se producen otros fuegos, naturales estos, más vistosos si cabe.

Al sur de la brumosa Islandia ha detonado el volcán Laki, chorros de lava proyectados a más de un kilómetro de altura en el cielo nocturno, truenos ensordecedores mientras se rasga la corteza terrestre provocando una fisura de veinticinco kilómetros de largo formada por un espunte de ciento treinta cráteres. A través de ella escapa una nube tóxica de ácido fluorhídrico y dióxido de azufre que asfixia a más de nueve mil personas —un cuarto de los habitantes de la isla— y a buena parte de la cabaña.⁴

blo), más de veintisiete millones (Bois, 1989, p. 23). Un noventa y cinco por ciento de la población mantenía con su trabajo al cinco por ciento restante, que vivía tan ricamente, sin tributar, en nombre de inalienables derechos ancestrales.

3. *Canaille*, ‘chusma’, era la palabra que los nobles y los curas empleaban para designar al tercer estado, el modo en que los privilegiados llamaban al pueblo.

4. El volcán Laki estalló el 8 de junio de 1783 y se mantuvo activo has-

Los guías que hoy lo enseñan, apagado y cubierto de rara vegetación, explican a los turistas:

—Aquí donde lo ven, este volcán fue considerado la puerta del infierno por los monjes que cristianizaron la isla a finales del siglo VII. Entonces, aún borboteaba lava incandescente.

Pero en 1783, las puertas del infierno se han abierto sobre Francia. Será difícil volver a cerrarlas.

Impulsada por los vientos que generan las altas presiones, la enorme nube provocada por el volcán («la bruma de Laki») cubre los cielos de Francia a mediados de junio. Más desvaída, alcanza España en agosto. Fray Joseph Rocafort escribe que, *en el mes de abril, se observó en la atmósfera una especie de niebla seca, que oscurecía el sol de tal modo que iluminava muy poco y esto duró hasta mitad del de julio. Pensavan los físicos [que] resultaría de esto alguna costelación epidémica, mas no fué assí, pues tanto en nuestra España como en las otras partes de la Europa, en que fué universal dicho fenómeno, fueron otras las consecuencias como lo notaron los papeles públicos.*⁵

—Malos presagios —dicen los agoreros mirando el cielo.

La nube oculta el sol tras un velo blanquecino. Al principio piensan que es un eclipse, pero pasan días y meses, y el velo no desaparece.

La *Gaceta de Madrid* explica que este cambio de color del cielo «era suficiente para que el pueblo se asustase; y, en efecto, la consternación fue general en las gentes poco instruidas [...], vive el pueblo en el mayor conflicto, recelando grandes males».

La nube tóxica provoca una catástrofe medioambiental. Lluvias torrenciales, alteraciones climáticas, inundaciones y tormentas de granizo arruinan las cosechas.⁶ El efecto invernadero

ta febrero de 1784. Se calcula que lanzó a la atmósfera más de cien millones de toneladas de dióxido de azufre. Todavía se recuerda en el folklore isleño aquella mortandad o *Móðuharðindin*.

5. Rocafort, 1945, p. 49.

6. El único que relacionó el cambio climático con la erupción del Laki fue el científico Benjamin Franklin cuando afirmó que la erupción había causado «la tenaz y seca niebla procedente de Islandia que cubría los cielos de Europa, la que impedía que penetraran los rayos del sol y causaba el compor-

dispara las temperaturas, agosta la hierba, abrasa las hojas de los árboles.

En mercados y tabernas, los charlatanes leen a la atenta y analfabeta clientela unos almanaques astrológicos que anuncian grandes calamidades.

La hambruna afecta a toda Europa, pero en el caso de Francia provocará una revolución que va a alterar el rumbo de la historia mundial.

tamiento anómalo del clima» (conferencia «Imaginaciones y conjeturas meteorológicas» impartida el 2 de diciembre de 1784 a la Literary and Philosophical Society de Mánchester).